

vala, para detectar la reduplicación de la radical en la lengua purépecha, o Frida Villavicencio Zarza, para referir a la recreación del vocabulario y genealogía que conforma la colección Fuentes de la Lengua Tarasca o Purépecha. En una jerga sólo asequible para lingüistas especializados se desmenuzan antiguas traducciones, como la de *Los siete pecados capitales, presentado por el agustino Juan de Medina Plaza*, de 1575, que realiza Amaruc Lucas Hernández, o la revisión que Moisés Franco Mendoza hace de las versiones de la obra de fray Maturino Gilberti.

En suma, las problemáticas de las investigaciones vertidas en *Abriendo caminos* hablan tanto de Warren como de la historiografía producida desde el siglo XVI sobre Michoacán. Desde la historia de las minas hasta los estudios arqueológicos, pasando por las fluctuaciones de población, la relación entre ha-

cendados, encomenderos, religiosos o la función de los hospitales, el conjunto de la obra aparece como la suma de varias microhistorias.

El libro, como conjunto, es un relato de larga duración que por momentos se remonta al siglo XII para evocar una arquitectura social que ha llegado hasta nuestros días. Los autores son expertos que nos llevan de la mano a través de las preguntas que la historiografía ha planteado para aquel territorio michoacano. Con ellos entendemos las transformaciones culturales en las comunidades indígenas, así como el desarrollo de sus prácticas y sociabilidades. La centralización, el poder o el dominio legítimo, son entretreídos con los lazos heredados y adquiridos del parentesco, la amistad o la vecindad a través del tiempo. Los grupos étnicos, los referentes jerárquicos o las alianzas matrimoniales reestructuran el

territorio michoacano desde tiempos del señorío de Cuauhtinchan.

El libro es también una historia que habla del presente. La dignidad transmitida por Vasco de Quiroga, expresó el traductor y amigo de Joseph Benedict Warren muchos años después, debía traducirse en la consolidación de las comunidades. Para él la enseñanza de la historia tarasca y purépecha debía servir para “defender su tierra”, autonomía, libertad e identidad. Las comunidades indígenas, expresó Agustín García Alcaraz cinco años antes de morir, debían defenderse por ser la “base de la producción” de la familia y “de una organización social” inusitada que nunca debiera perderse. El libro, en fin, es también la historia de una riqueza maltratada, invadida o ignorada ante la “desesperanza de la grave crisis mundial y la miseria en que están sumidas las poblaciones indígenas”.

Crónica cristera: conspiración o resistencia

Beatriz Lucía Cano Sánchez

Jorge Gallardo Pavón, *Los cristeros sin rifle*, México, Plaza y Valdés, 2013, 164 pp.

La guerra cristera ha generado una importante producción de

obras testimoniales que incluye novelas, películas, crónicas, cuentos, biografías y memorias. De estas últimas, en específico, se cuenta con un acervo bastante reducido, debido, entre otras situaciones, a que muchos de los participantes decidieron establecer una distancia con los acontecimientos en los que

se vieron inmiscuidos, ya fuese con las armas en la mano o a través de las conspiraciones. Uno de esos testimonios que destaca dentro de la historiografía cristera ha sido sin lugar a dudas el de María Concepción de la Llata, mejor conocida como la madre *Conchita*, personaje al que se le involucró en

el asesinato del presidente electo Álvaro Obregón en 1928. La monja creía que el objetivo de su texto era hacer una relación de los sucesos para mostrar la “verdad de los hechos”, desde su condición. La narración se centra en su vida como religiosa y hace muy pocas referencias a las confabulaciones que fueron planeadas en su casa; entre las que se encontraba el ingenuo plan de asesinar a Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles por medio de una inyección de veneno, acción que se realizaría durante su estancia en Celaya, Guanajuato. Es importante subrayar que la madre Conchita guarda silencio respecto a su permanencia en la cárcel, después de que se le incriminó de ser la autora intelectual, así como tampoco menciona nada acerca de la estrecha relación espiritual que mantenía con José de León Toral. Ambas figuras resultan sustanciales en el hecho histórico, sobre todo, por concebirlo. *Los Cristeros sin rifle*, de Jorge Gallardo Pavón, intenta ser una crónica y exponer los antecedentes, la progresión y la culminación de los atentados cometidos en contra del general Obregón. Asimismo, los verdaderos motivos que impulsaron a cada uno de los involucrados y el proceso judicial que enfrentaron, el cual les costó la vida o su encarcelamiento.

A través de su exposición, se sabe que Jorge Gallardo nació en la villa de Guadalupe. Se integró a la Asociación Católica de la Juventud Mexicana porque creía firmemente que defender sus creencias era una “obligación”, además de estar convencido de que debía lu-

char por su libertad de conciencia. Como miembro de la Asociación Cristera de Jóvenes en México se le pidió que desempeñara varias actividades. Formó parte del grupo del ingeniero Luis Segura Vilchis, quien estaba a cargo de adquirir armamento. Gallardo rememora que no fue el único miembro de su familia que estuvo inmiscuido en este tipo de acciones: dos de sus hermanas se dedicaban a repartir volantes y recolectar dinero, ropa y medicinas; en tanto, su tía Pilar era “coronela cristera” y encargada de la organización del sector femenino. Las memorias de Jorge Gallardo constituyen una valiosa fuente de información para tener una idea clara de cómo fue el desarrollo del movimiento cristero en la ciudad de México. Al igual que muchos otros que han abordado el tema desde su posición de actores, el autor trató de explicar las causas que provocaron el conflicto político-religioso, aunque varios de sus argumentos reproducen lugares comunes.

Para Gallardo Pavón el conflicto entre la Iglesia y el Estado se gestó después de la Independencia, pues la primera emergió como la institución más poderosa, tanto en el terreno político como económico. Con la intención de restarle influencia en la sociedad, el Estado promulgó una serie de leyes que tendían a quitarle privilegios a la institución eclesiástica, teniendo como base la promulgación de la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma, las cuales no sólo limitaron la participación eclesial en la vida política nacional, sino que representaron su efectiva separación. A pesar de que

las reformas a la legislación se pondrían en práctica hasta 1873, el ambiente desde la promulgación de dichas leyes ocasionó motines en diversas zonas del país y la aparición de grupos insurrectos denominados “religioneros”, en el centro y occidente del país. La persecución a la Iglesia cesó durante el Porfiriato. Al amparo de la encíclica *Rerum Novarum*, la institución se fortaleció e incursionó en el campo social y laboral, de tal suerte que antes de la Revolución no sólo estaba a la cabeza del movimiento social en México, sino que buscaba los mecanismos para defender los derechos de los obreros y de los campesinos. Esta situación se modificaría por causa de unos malentendidos, cuando se acusó a la Iglesia de apoyar a Victoriano Huerta, lo que provocó que las huestes de Venustiano Carranza los atacaran. Gallardo trata de explicar todos los eventos desde el punto de vista religioso, cuestión que lo llevó a cometer graves imprecisiones históricas, como afirmar que Carranza buscó derrocar a Huerta porque tenía pretensiones presidenciales, o que zapatistas y carrancistas rompieron su alianza porque los primeros eran unos fervientes católicos. Al mismo tiempo, reconocía que Álvaro Obregón fue el único militar que buscaba mantener una política conciliadora con la Iglesia, pero no lo consiguió debido a las presiones que sufría por parte de los carrancistas. No obstante, la Iglesia siempre trató de mantenerse “neutral” y con un “firme abstencionismo político”, pese a que los delahuertistas trataron de involucrarla en el levantamiento que preparaban. Aunque se mantenía una actitud distante,

los sonorenses buscaban la menor provocación para imponerles castigos a las autoridades de la Iglesia.

Un hecho que vino a complicar la situación fueron las declaraciones del arzobispo Mora y del Río, las cuales provocarían la expulsión de varios sacerdotes extranjeros, así como de frailes, monjas y alumnos de diversas escuelas, conventos y orfanatos. La intentona de cerrar la iglesia de la Sagrada Familia culminaría con enfrentamientos en los que murieron siete personas, hecho que demostraba, según Gallardo, que los católicos no permitirían que se volvieran a atropellar sus derechos. Se organizó entonces la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, órgano que buscaba convertirse en el bastión de los principios de la religión católica mexicana.

A pesar de la legitimidad de su lucha, Jorge Gallardo reconocía que los cristeros no encontraron el apoyo esperado. El gobierno consideró que la Liga era “sediciosa” pues era una “organización política” que buscaba reformar la Constitución, razón por la cual fue considerada fuera de la ley y sus miembros comenzaron a ser perseguidos. Además, se argumentaba que tenía intenciones políticas, así lo denotaba su organización, además de que sus miembros se dedicaron a actividades de índole legal, civil, espiritual, social, propagandística y militar.

El autor señala con tristeza que las autoridades eclesiásticas, desde los obispos hasta los sacerdotes, no coadyuvaron al movimiento y mostraron tres posturas divergentes sobre la resistencia manifesta-

da por la Liga. La primera, en la que se agrupaba la mayor parte de los sacerdotes y obispos, decidió concretar “acuerdos amistosos” con las autoridades locales. La segunda, en la que se ubicaba un número menor, no estaba de acuerdo con las acciones del gobierno, pero mantenía la neutralidad. La tercera, en la que se encontraba un número muy reducido, condenaba las leyes emitidas por el gobierno y apelaba a la resistencia. Ante tal situación, diversos miembros de dicha organización realizaron viajes a Roma para comunicar la situación que se vivía en México y para que desde allí se tomara una posición al respecto. Sin embargo, el papa pidió abstenerse de cualquier actividad política y no otorgó ningún tipo de apoyo, aun cuando se le notificó que se tenían pruebas de la “brutalidad” con la que se trataba a algunos sacerdotes en varios estados del país. Un segundo contacto con el Vaticano fue cuando la Liga no estuvo conforme con las negociaciones realizadas entre los obispos y el gobierno, motivo por el cual remitió una carta al Sumo Pontífice en la que exponía su deseo de continuar con la lucha sin importar las consecuencias. Para Gallardo Pavón es evidente que la indecisión manifestada por los obispos provocó la insurrección. El caso del obispo Orozco y Jiménez representa el ejemplo perfecto del nulo compromiso que las autoridades eclesiásticas mantenían hacia su grey, pues el prelado prefirió esconderse entre las chamulas antes que asumir una postura. Es importante subrayar la aseveración de Gallardo, pues

Orozco fue uno de los personajes que no estuvieron de acuerdo con la lucha y optó por realizar trabajo pastoral con sus feligreses. También afirma que la mayor parte de los sacerdotes adoptaron una posición pasiva, pero reconocía el papel de los que sí se involucraron en la lucha y que murieron en defensa de su fe.

Otro aspecto en el que hace hincapié fue que el propósito de los miembros de la Liga no era rebelarse contra el gobierno, pero tomaron esta decisión a causa de la nulidad de la acción legal y de la resistencia pasiva; medida que no fue aprobada por las Damas Católicas y los Caballeros de Colón, grupos que siempre mostraron su aversión a las acciones violentas. Tampoco encontraron apoyo en los sectores económicamente poderosos, situación que dificultó su actuación, pero la participación de las mujeres a través de la Brigadas Populares y de la Unión Popular sería fundamental para sostener la lucha de los campesinos cristeros. Gallardo destaca que la ferviente masa de creyentes no se sentía identificada con la Liga, circunstancia que atribuía al hecho de que ellos pertenecían a una “formación social y económica” distinta. Aunque el grosor de los cristeros eran hombres carentes de disciplina, lograron algunas victorias gracias a la fe que ostentaban. Ellos creían que el sufrimiento constituía la senda que los llevaría al reino de los cielos. El nombramiento del general Enrique Gorostieta como jefe máximo de las tropas originaría un cambio en su organización militar, pues los soldados

no sólo tuvieron adiestramiento sino que también adquirieron estrategias de batalla. Bajo el mando de Gorostieta, los cristeros se convirtieron en un “serio problema” para el gobierno, por lo cual se intentó asesinar a Obregón, pues se pensaba que de esa manera se concluiría con el problema cristero.

Desde la perspectiva del autor, el problema religioso tenía una sencilla solución: derrocar al gobierno para reformar la Constitución. Por este motivo se pensó en asesinar al general Obregón, quien ejercía el verdadero poder y ninguna decisión política se tomaba sin su aprobación. Además, porque su llegada al poder sería catastrófica, la persecución empeoraría pues se conocían sus “determinaciones enérgicas y arbitrarias”. Nadie en el gobierno había entendido que los católicos no querían que se asumiera una postura religiosa, sino que sólo buscaban que se respetara el libre ejercicio de sus creencias. De acuerdo con Jorge Gallardo Pavón, varios fueron los acontecimientos que provocaron que la situación se tornara álgida, pero sin duda la que dio un giro al curso de la historia fue el “asesinato” de Luis Segura Vilchis y de los hermanos Agustín y Humberto Pro. Si bien es cierto que el primero fue el autor de uno de los atentados contra Obregón, los otros dos personajes estaban libres de culpa, pero fue-

ron ejecutados por ser altos dirigentes de la Liga. José de León Toral, que rechazaba cualquier acto violento, trocó su actitud cuando escuchó aquellas palabras de la madre de Segura Vilchis, quien afirmaba: “A mi casa nadie viene a darme el pésame, pues estoy muy satisfecha de que mi hijo haya muerto como un hombre y no que haya sido un borrego como tantos que hay en México”. León Toral decidió “cambiar su propia vida por la del general Obregón” con la intención de que terminara el conflicto. Jorge Gallardo conoció a Toral en la cárcel, lugar en el que se encontraba tras ser acusado de haber participado en el homicidio.

José de León Toral no fue el único con quien estuvo Jorge Gallardo en la cárcel, pero sí de quien ha dejado un testimonio, desde cómo llevó a cabo el homicidio, su proceso penal, y hasta antes de que muriera fusilado. Trató de explicar, de alguna manera, las razones por las que este hombre tomó la decisión de asesinar a Obregón. El autor lo consideraba un individuo de “mucho empuje, de mucho carácter, un hombre verdaderamente decidido y resuelto a llevar adelante lo que se proponía; por tanto en cualquier momento intentaría asesinar a Obregón”. Juzgaba que eran falsas las aseveraciones que decían que Toral había asesinado al general por ser “manejable y sugestionable”. Su

resolución, más bien, estaba cimentada en que era un “verdadero cristiano”, “un amante de la libertad de la persona y de la libertad de pensamiento”. José de León tomó la decisión de “sacrificar su tranquilidad” y su “deseo de vivir” en aras de mejorar la vida de “todos los que nos encontrábamos humillados”. Gallardo pensaba que se tomó la decisión de fusilar a Toral como una represalia por el ataque en contra del tren presidencial que se dirigía a Laredo. Resulta interesante que el autor insistiera en que, en diversas ocasiones, Plutarco Elías Calles no estuvo implicado en el asesinato y que defendiera la idea del asesino solitario.

La paz llegó unos años después, a través de unos tratados. El embajador norteamericano Dwinght W. Morrow afirma que los cristeros no fueron vencidos por sus “enemigos” sino que fueron “abandonados por aquellos que debían recibir el fruto de sus sacrificios”.

Podemos apreciar que el relato de Jorge Gallardo Pavón tiene varias particularidades que deben ser resaltadas: una, muestra la manera en la que se gestaron las redes de conspiración que culminaron con los atentados en contra de Obregón; dos, permite acceder a la manera en la que se trató a los acusados de ser partícipes del asesinato del general y, sobre todo, contribuye a entender la figura de José de León Toral.